

RESPUESTA A LAS OBSERVACIONES

DEL SR. PIMENTEL

SOBRE LA DISERTACION QUE LEÍ ANTE ESTA SOCIEDAD ACERCA DEL OTOMÍ.

Estas observaciones se reducen á dos, y para mi intento las coloco en el órden siguiente:

1ª El otomí nada tiene de sublime.

2ª Ni el otomí ni las lenguas en general son creacion del hombre, sino de Dios.

En primer lugar, voy á probar que el otomí puede inspirar *el sentimiento de lo sublime*, y me expreso de esta manera porque la idea que encierra esta expresion, *sentimiento de lo sublime*, es mas subjetiva que objetiva.

Para la demostracion de la proposicion afirmativa, es á saber: «el otomí tiene algo de sublime, como ha dicho el Padre Nájera,» me bastará: 1º, exponer los caracteres del sentimiento, que se denomina *sublime*; 2º, demostrar que la lengua en cuestion tiene esos caracteres.

En segundo lugar, tomaré en consideracion cada uno de los argumentos que se aducen con el intento de demostrar la proposicion contraria: «el otomí nada tiene de sublime,» y mas bien «es una jerigonza bárbara.»

La segunda observacion, y que parece ser la capital para su autor, la tocaré al fin del modo que creo mas conveniente.

Puesta la cuestion en su verdadero punto de vista, entro en materia respecto á la primera observacion.

Todo hombre que reflexione un momento, se convencerá de la verdad de los siguientes hechos: La persona que no tiene idea de la pujante fuerza de las aguas al desplomarse de una altura; la persona que no comprende de dónde vienen los colores del arco-iris, que aparecen en las vesículas de las nieblas, que se levantan de los remolinos acuosos; la persona que nunca ha pensado cómo el agua bullidora se puede transformar en gigantescas rocas transparentes; la persona que nunca ha buscado la causa de ese ruido estrepitoso de las aguas, cuando luchan hirvientes y espumosas contra los fragmentos de las rocas que ellas mismas están carcomiendo y derrumbando, esa persona, se puede asegurar, que no experimentará el pensamiento de lo *sublime* ante el espectáculo de la gran catarata del Niágara, donde reunidas todas estas maravillas de fuerza y de belleza, forman un conjunto majestuoso capaz de inspirar aquel sentimiento subjetivo en la persona ilustrada, porque la que carezca de la suficiente ilustracion para reflexionar sobre la gran-

deza de todos los fenómenos que se verifican en la catarata mencionada, podrá sentir su ánimo sobrecogido de terror; pero no extrañamente halagado por el sentimiento de lo sublime: no, ciertamente que no puede experimentarlo, porque, es necesario repetirlo, el sentimiento de lo *sublime* depende, en verdad, de la naturaleza que hiera nuestros sentidos; pero en su mayor parte depende del grado de desarrollo de la inteligencia, capaz de hacer reflexionar sobre la majestad del espectáculo que se presenta á nuestra vista sorprendida; y casos hay en que es enteramente subjetivo.

La preexistencia de las ideas claras acerca de los objetos que puedan hacer surgir en nuestra alma el sentimiento de lo sublime, es necesario de toda necesidad.

Hé aquí nuevos hechos que confirman esta verdad.

Llevemos un campesino, cuyos ojos jamas hayan sido heridos por la solemne majestad del mar; llevémosle en los momentos en que las olas, semejantes á montañas movedizas, vienen á estrellarse contra las rocas de la costa; en aquellos momentos en que los encontrados vientos y las olas producen un estrépito inimitable por la voz humana; llevémosle, en fin, en los momentos de una tempestad tropical, á las riberas de nuestro Golfo, y le verémos embargado en todos sus sentidos por un terror inexplicable, que aleja de su mente todo raciocinio para poder experimentar el sentimiento de que se trata: no así la persona cuyo espíritu ilustrado por las ciencias le hace reflexionar sobre el espectáculo que tiene á su vista; su rostro estará conmovido, pero no estupefacto, porque su espíritu, en fuerza del raciocinio, se eleva hasta la altura de la naturaleza conmovida, y siente en todo su sér aquel sentimiento de lo *sublime*.

Llevemos ahora á una persona no vulgar,

pero sin conocimientos geológicos, á los pedregales de San Angel ó de Tlalpam, y le verémos hollar indiferente aquellas desnudas lavas, que apenas consienten raquílicas plantas entre las grietas que se observan á cada paso, porque esa persona no tiene idea del inmenso poder del fuego central de nuestro globo, ó del que se puede ocasionar en sus entrañas para fundir las rocas, como el fuego de nuestros hogares funde la cera; porque esa persona no puede concebir que las rugosidades de aquellas lavas basálticas sean la prueba palpitante de que aquellas masas pétreas salieron líquidas, como la cera fundida, de los flancos del Ajusco; ella no puede ni siquiera sospechar que aquellas rugosidades, iguales en su forma á las ondas de las aguas, sean la prueba evidente de que aquellos pedregales son un mar petrificado, y que hubo un dia en que descendieron de las alturas del Ajusco en corriente majestuosa, desprendiendo flamas, vapores y gases; no así la persona ilustrada por los conocimientos geológicos: esta contempla aquellos mares petrificados, traduce cada uno de los signos que observa, y remontándose en alas de la reflexion científica, se trasporta hasta aquellos lejanos tiempos en que el fuego devoraba las entrañas del Ajusco, del Ixtacihuatl, del gran Popocatepetl, y se figura el grandor de las convulsiones de nuestro suelo ahora tranquilo; se figura la majestad de las corrientes de las lavas en medio de relámpagos y truenos; se figura las tempestades, tanto de agua como de cenizas, volando á destruir y sepultar los campos y colinas, con todo lo que les daba vida y hermosura; y así, en presencia de aquellos pedregales insensibles y mudos para la persona que carece de las luces de la ciencia; la que observa á favor de esta luz divina, experimenta en su alma el sentimiento de lo subli-

me, mientras que la otra permanece indiferente.

Dejemos la naturaleza y dirijámonos al arte: llevemos ahora á una persona no vulgar, pero sin conocimientos de anatomía, fisiología y estética, llevémosla ante la estatua de Laoconte, y la veremos indiferente en presencia de lo sublime del arte, porque esa persona no tiene idea de cómo se dibuja en el rostro humano el sufrimiento y la angustia de un padre que escucha los gritos de terror y los ayes dolorosos de sus hijos encadenados á sus piés, contra sus propios miembros, y encadenados entre los anillos de dos mónstruos que ya los hirieron, infiltrando su ponzoña en las venas de aquellos inocentes; sí, veremos indiferente á esa persona, porque no sabe cómo se hinchan los músculos de un hombre que hace esfuerzos sobrehumanos para vencer una fuerza superior, y que le impide ejecutar la resolución de salvar sus hijos espirantes; no así la persona ilustrada y que posee conocimientos de las ciencias arriba señaladas; esta puede leer en la posición del rostro, en las arrugas de la frente, en lo caído del labio inferior, en lo hundido del vientre, en la actitud de levantar los ojos al cielo, todos los sentimientos que agitaban y atormentaban el corazón de aquel padre, impotente para salvar sus hijos queridos.

Basta lo dicho para sacar estas dos conclusiones, claras y demasiado conocidas de los literatos de esta ilustre Sociedad.

1ª El objeto ú objetos que pueden producir en nuestro ánimo el sentimiento de lo sublime, deben tener el carácter de lo grandioso.

2ª El observador debe poseer ideas claras del objeto que contempla, para poder reflexionar y elevar su espíritu á meditaciones profundas, que hagan surgir en su

alma el sentimiento de lo sublime, que es mas subjetivo que objetivo.

Sentados estos principios, voy á hacer aplicaciones de ellos, y comienzo por demostrar que el otomí tiene el carácter de grandioso.

Es una lengua, es decir, es un ropaje de los innumerables que hay para revestir el pensamiento humano, y como tal, se puede reclamar para él el derecho de grandeza que corresponde á cualquiera otra lengua, porque el lenguaje en general, cualquiera que sea la forma bajo la cual se presente, lleva el sello de lo grandioso, porque no es otra cosa que «la forma audible del pensamiento,» la manifestación sensible del espíritu que por su naturaleza misma, no puede revelarse al principio de otra manera, que por medio de sonidos mas ó menos agradables, producidos por el aparato bucal del hombre.

¿Y qué cosa mas grandiosa puede haber, que la manifestación sensible del espíritu por medio del lenguaje? ¿Qué momento puede haber mas grandioso en la aparición sucesiva de los seres dotados de vida, que aquel en que los hombres primitivos aparecieron sobre la tierra, y en que «la palabra se hizo carne?» ¿Qué puede haber de mas grandioso que esos hombres primitivos, luchando contra toda clase de dificultades para revelar sus pensamientos, nacidos en su ánimo por las sensaciones que recibían del mundo exterior á ellos?

Pues bien; el otomí en su ruda sencillez, es una imagen viva del espíritu humano, luchando contra esas dificultades; es la imagen desnuda del espíritu guerrero en combate contra el destino, y que presenta á nuestra vista ese espectáculo agradable aun á los mismos dioses, según la expresión de Séneca.

El otomí es como la estatua de Laocou-

te: pongamos á esta el ropaje mas hermoso y elegante que se pueda imaginar, y desaparecerá su grandeza; ya no puede inspirar el sentimiento de lo sublime: el otomí si tuviera el ropaje de la flexibilidad que tienen las lenguas griega y latina, ó la mas armoniosa que se conozca, flexibilidad que les viene de las desinencias, sufijos, &c., de significación olvidada, perdería como la estatua con quien se le compara, su carácter de grandioso, y podría inspirar el sentimiento de lo agradable; pero no aquel «no sé qué de sublime» de que habla el padre Nájera.

De lo dicho puede inferirse que el otomí, como lengua en general, tiene el carácter de grandeza que corresponde á todo lenguaje humano.

Veamos ahora si tiene ese mismo carácter como lengua en particular.

El otomí, así desnudo del ropaje que engalana otros idiomas, nos deja percibir el movimiento del espíritu, su trabajo sintético y analítico para hacer sensibles las ideas, es decir, las imágenes de los objetos que ha visto y percibido por medio de los sentidos, porque esto es lo que dice la palabra griega *idea*, sacada de *idin*, haber visto, percibido.

Tomemos ahora un ejemplo cualquiera para hacer sentir la verdad de lo dicho.

En esta sílaba *kâa*, ahuecando la voz y arrojando el aliento, podrá reconocer cualquiera observador el ruido producido por la respiración anhelante de un hombre en el acto de cumplir la función fisiológica de la generación; pues bien, con esta sílaba se expresa en otomí la misma imagen, la misma idea, la misma acción que se expresa en griego con estos otros sonidos *gennaio*, *ginomai*, cuya raíz es *gen*, sonido en donde se puede reconocer la misma onomatopeya que en la sílaba *kâa* del otomí.

En los idiomas derivados del griego y el latín, se repite el mismo sonido mas ó menos modificado para expresar la idea de engendrar, diciendo *generare*, *generer*, *generate*, *engendrar*.

Sigamos en su trabajo sintético y analítico el espíritu de la raza otomí, partiendo de esta sílaba *kâa* tomada de la naturaleza.

El primero que vistió la idea de engendrar con la sílaba *kâa* ó aquellos que la heredaron, inmediatamente se observaron á sí mismos, y vieron que la materia arreglada bajo las condiciones que constituyen la figura humana, era lo que engendraba, y para designar esa figura dijeron: *kâi*, engendra ella, este es el sonido que emplearon para designar el mismo objeto que los latinos y los que han heredado su lenguaje, y que se designan con estos otros sonidos *corpus*, *corp*, *corpore* y *cuero*, derivados del griego *chroos*, piel, pellejo, que no tiene la ideología que se observa en el otomí.

El mismo ó los mismos individuos observaron que los demás hombres cumplieran la misma función fisiológica que ellos, y dijeron: para designar á los hombres bajo este punto de vista, para formar un nombre colectivo *e kâi*, lluvia engendra, aquel, es decir, estos que son muchos como la lluvia, engendrar como yo, ó como nosotros.

En la sílaba *gens* del latín (*gente*, *nación*) y de las lenguas derivadas de él, se conoce el mismo raciocinio hecho por los otomíes, para designar los hombres bajo el punto de vista que ellos los consideraron, porque *gens* es participio de *geno* engendro, y los participios encierran la idea de acción, de modo que *gens* significa el que engendra.

Hecha esta digresión, sigamos la ideología de los otomíes en la formación de su lenguaje.

Ellos consideraron á los hombres bajo

otro punto de vista, bajo el punto de semejanza y de igualdad, y modificando el sonido de la *ā* hueca en *kāy*, dijeron *mikēēi*, igual engendra aquel, es decir, la gente ó los que engendran son mis iguales, y con este sonido de tres sílabas, guardando cada una su valor ó significado, denominaron los hombres bajo el punto de vista que los consideraron los latinos y ahora los españoles, al emitir este sonido *proximus* ó *proximo*, superlativo de *prope*, cerca: el que juzgue con imparcialidad confesará que hay mas filosofía, mas orden ideológico en la composicion de los otomíes que en la de los latinos en las palabras que aquí se comparan y que sirven para designar una misma idea.

El lenguaje que se dirige á las divinidades en tono de súplica ó de agradecimiento, es la produccion que nace de lo íntimo del corazon: es la *generacion* del sentimiento; y siendo esto así, ¿qué cosa mas natural y filosófica que llamar lo que en latin se llama oracion, de esta manera *kāhíd*, palabra engendrada? En la palabra latina *oracion* no se puede ver con tanta claridad la marcha del espíritu en su trabajo sublime de formar las lenguas, porque el ropaje de la desinenia *cion* oculta esa marcha, y solo se puede ver que alude á un acto de la boca, *os*, de donde deriva *orare* y *oracion*.

Estos ejemplos son bastantes para demostrar que la falta de desinenias de oscura significacion, como las de los idiomas que se llaman cultos, es decir, la falta de los adornos que harian flexible, sonoro y agradable el otomí, es precisamente lo que le da el carácter de grandeza, porque, como se ve en los ejemplos aducidos, partiendo de un sonido simple de la naturaleza, se toca, se palpa cómo ha procedido el espíritu humano para revelarse en imágenes au-

dibles, como mas tarde se ha revelado en imágenes visibles (la pintura) é imágenes visibles y tangibles (arquitectura y escultura).

¿Y qué espectáculo mas grandioso que este que presenta el otomí á cualquiera que lo comprenda en su sencillez y falta de ropaje? Espectáculo que presenta la oportunidad de sorprender, por decirlo así, al espíritu humano en el momento de ese trabajo silencioso y sublime de darse la forma mas bella y variada como es la del lenguaje?

Y si el otomí por esa sencillez y falta de ropaje de que se ha venido haciendo mérito, se presta, como la estatua de Laoconte, mejor que otras lenguas para sorprender y seguir al espíritu humano en ese grande y sublime trabajo de salvarse, sí, de salvarse, porque en el reino de la vida síquica «la voz articulada, la palabra, el lenguaje no se reveló sino hasta la época telurica, en que aparecieron los primeros hombres, en que su espíritu comenzó á tener conciencia de sí mismo y de las cosas; porque ántes de que los primeros hombres aparecieran sobre la tierra, ya habian pasado innumerables generaciones de animales, es decir, de seres con ánima, alma ó espíritu, y sin embargo, sus voces no eran, como no son aún, la creacion de un lenguaje consciente; eran y son las voces, los gritos de una alma, de un espíritu para «revelar sus sensaciones,» eran y son dos bosquejos de conceptos, la melodía, la creacion de un canto inconsciente para expresar sus goces y sus sufrimientos:» luego el lenguaje, como ha dicho Baltzer con tanta verdad, «es la salvacion del espíritu;» en verdad, su salvacion; porque ántes del hombre ese espíritu habia estado encadenado en seres dotados tambien de un espíritu; pero incapaces de romper las cadenas que les ataban y prorumpir en voces articuladas y conscien-

tes, como producto de las sensaciones, intuiciones, juicios y racionios que constituyen la genealogía del pensamiento: y si el otomí, decia yo, se presta mejor que otras lenguas á seguir la marcha del espíritu humano en su trabajo sublime de salvacion de sí mismo, entónces es necesario confesar que, como *lengua en general y como lengua en particular, tiene el carácter de grandeza que se requiere para inspirar en el alma del que lo comprenda «un no sé qué de sublime.»* Ahora voy á probar que en el Padre Nájera se llenaba la segunda condicion necesaria para experimentar el sentimiento de lo sublime, es decir, que tenia ideas bastante claras del otomí y una ilustracion suficiente para meditar sobre dicha lengua.

Dar esta prueba es cosa muy sencilla, porque basta interrogar á sus contemporáneos sobre la clase de educacion científica del Padre Nájera y escuchar su respuesta: basta leer su biografía, sobre todo, basta leer sus obras y muy especialmente la luminosa disertacion sobre la lengua en cuestion: trabajo ejecutado en tierra extranjera, sin los materiales para efectuarlo, sin poder escuchar la viva voz, que tanto ayuda: todas estas dificultades vencidas, dan un claro testimonio de que si no lo poseia con la perfeccion de una persona que lo ha llamado, que lo ha escuchado de los labios cariñosos de una madre, y que despues lo haya estudiado á la luz de las ciencias, sí lo poseia en grado suficiente para adquirir ideas bastante claras de él, y meditar sobre su forma, sus giros, su filosofía, y así, de concepcion en concepcion, elevar su espíritu hasta la altura de ese sentimiento que le obligó á prorumpir con esta exclamacion: *el otomí tiene un no sé qué de sublime.*

Ahora bien, probado como está que el otomí tiene un carácter de grandeza, y que el Padre Nájera poseia ideas bastante cla-

ras de esa lengua, es permitido ya sacar esta conclusion: el otomí *tiene un no sé qué de sublime*, como ha dicho el Padre Nájera y yo he repetido, no porque lo haya dicho el maestro; tampoco porque es la lengua de mis padres y la que yo aprendí desde mi infancia, sino porque tal vez con ocasion de ser mi lengua propia, me dediqué á meditar sobre ella cuando pude llamar á mi auxilio alguna luz de la ciencia. Una vez demostrado que el otomí es capaz de inspirar el sentimiento de lo sublime, por solo este hecho quedaria destruida la proposicion del autor de las observaciones que combato, es á saber, la proposicion así formulada: «El otomí no es otra cosa que una gerigonza bárbara.»

Sin embargo de esto, voy á tomar en consideracion una á una las razones que se asientan con el intento de demostrar dicha proposicion.

Primera razon. Se dice que el otomí «es pobre, grosero, inculto é imperfecto,» porque no expresa satisfactoriamente las ideas y sus modificaciones, porque «es monosilábico y no puede imitar bien la naturaleza en aquello que requiere palabras largas,» y se citan como ejemplos dos palabras de la lengua española, «cacarear y relámpago.»

A esto se debe responder en primer lugar, que para decidirse una lengua «expresa satisfactoriamente las ideas y sus modificaciones,» es necesario saberla bien y conocerla á fondo; de lo contrario se lleva el inminente riesgo de emitir juicios erróneos, porque al tomar la gramática de Neve y el Diccionario de Yepez como base para juzgar el otomí, se olvidaron muchas circunstancias de valor é importancia, como son: 1ª, que leer una lengua escrita con caracteres arbitrarios y no conocer el valor eufónico de dichos caracteres de la viva voz, necesariamente hace que no se juzgue con

justicia. 2ª, que esa gramática de Neve y el Diccionario son los primeros y únicos ensayos conocidos de la lengua otomí, y los primeros ensayos de las gramáticas y diccionarios de una lengua cualquiera son imperfectos, y por lo mismo no son buen criterio para emitir juicios tan severos como los que se han deslizado de la pluma del autor de las observaciones.

En segundo lugar, se debe responder: que la calificación de «imitar bien la naturaleza en lo que requiere palabras largas,» es una cosa muy relativa, es materia del gusto que se engendra con el idioma que se aprende desde la infancia: á mí, por ejemplo, me gustan mas las onomatopeyas breves como el rayo, y á los españoles las que repiten un mismo sonido como en *cacarear*, en donde, la raíz de ese verbo formado segun el genio de la lengua, es la repetición de una misma sílaba *cá: rear* es la desinencia que significa la acción; y obsérvese que los otomíes no conocieron las gallinas si no es hasta despues de la conquista; pero tan luego que las conocieron, y observaron la voz que emite la hembra cuando acaba de depositar las huevos en el nido, ellos tambien imitaron esa voz como los españoles, pero siguiendo el genio de su lengua, y dijeron para expresar ese acto de la gallina, *ñáá*: el que quisiera satisfacer el gusto españolizado, no tendria mas que repetir la sílaba otomí, y quedaria exactamente como el castellano *ñá-ñá*, igual á *cá-cá*. Obsérvese de paso que las onomatopeyas española y otomí, para expresar una misma idea nacida en diversos tiempos, son una prueba clara de cómo se han inventado las lenguas.

Ahora, la idea que envuelve la palabra *relámpago*, es significar la luz eléctrica que precede al trueno, y no el trueno mismo ú otro ruido meteorológico, y los que compusieron esa palabra, de ninguna manera pen-

saron en imitar ese ruido estrepitoso, sino mas bien el fenómeno luminoso, y el modo con que aparece á nuestra vista.

He aquí la prueba: *lampo*, es la palabra que usan los italianos para designar el fenómeno eléctrico de que se trata, y estos tomaron esa palabra del griego *lampas*, lámpara del castellano; y *lampas* deriva de *lam-po*, brillar.

Despues, los que compusieron la palabra relámpago, quisieron expresar, no solo la luz eléctrica, sino tambien el modo con que se presenta á nuestra vista en los momentos de la tempestad, es á saber: como descendiendo de las nubes, como resbalando, y no hicieron mas que anteponer la sílaba *rhe*, radical del verbo griego *rheo*, resbalar, descender; y en este procedimiento del espíritu humano, lo que se puede ver es que expresa una idea muy filosófica; pero no se tuvo la intención de imitar un ruido estrepitoso, como se quiere, por el lingüista que tuvo á la vista el autor de las observaciones.

En la sílaba *lamp*, radical de *lampo*, si se reconoce la onomatopeya del ligero ruido de la chispa eléctrica ó de un cuerpo en ignición y que repentinamente se inflama; pero esa onomatopeya la tiene tambien el otomí, como la tienen algunas otras lenguas: por ejemplo, *blitz* del alemán, *blesk* del eslavo ó *cek*, *flash* del inglés, y *hwei* del otomí; otra prueba de que los idiomas son obra del espíritu humano, y lo confirma la observación que sigue: las sílabas imitativas *blitz*, *blesk*, *flash* y *hwei* de los idiomas citados, sirven para expresar otra idea que les es correlativa, y es la de *lucir*, *brillar*, que es el efecto de la chispa eléctrica.

De este ligero exámen resulta que el otomí, como cualquier otro idioma, puede expresar satisfactoriamente las ideas y sus modificaciones.

Segunda razon. Se dice que es pobre y una jerigonza bárbara porque compone con frecuencia; pero hé aquí que lo mismo se hace en los idiomas modernos cuando hay necesidad de expresar una nueva idea, como lo he demostrado en mi opúsculo, y lo mismo se ha hecho en todos los idiomas de la antigüedad.

Sujetemos al análisis una frase cualquiera del español para demostrar esta verdad, por ejemplo esta:

La oscuridad oculta los objetos. Como las palabras de esta frase son mutilaciones de las correspondientes en latin, voy á restablecerlas á su antigua forma para analizarlas: hé aquí su restauración: *obscuritas occultat objectus*. En primer lugar, en cada una de estas tres palabras se observa la preposición *ob* de la baja latinidad, y que unida á las palabras que le siguen inmediatamente, significa *cerca de, frente de, sobre*.

En segundo lugar, las palabras *curitas* y *cultus* de *obscuritas* y *occultat*, tienen un mismo origen, porque derivan del verbo *oculto*, y este de la misma preposición *ob* y *colo*, que significa cultivar: la palabra *jectus*, que sigue al *ob* de la tercera de la frase citada, deriva del verbo *jacio*, yacer, estar tirado, y como lo mismo que se ha hecho con esta frase se puede hacer con casi todas las del latin, resulta de este análisis que en el idioma del «pueblo rey» tambien componian con frecuencia, y no por esto ha merecido nunca la calificación de bárbaro.

Demos valor á las palabras componentes de *obscuritas occultat objectus*, procurando interpretar el valor de las desinencias, y quedará el pensamiento primitivo expresado de esta manera:

A causa de cualidad de cubrir, á causa de cosa oculta, á causa de cosa tirada.

Ahora examinemos las palabras compuestas que usa el otomí para expresar la

misma idea contenida en *obscuritas, occultat, objectus*.

Los otomíes dicen *ra beshúti, ági, ya ben-buy ka ri mi*.

Demos la traducción de cada una de las palabras de que se compone la frase otomí, y quedará en el orden siguiente:

La tela ó manto de la noche pone en lo profundo lo que está tirado delante de tu faz.

Compare el que guste la síntesis de la raza latina con la de la raza otomí, para expresar una misma idea, aunque con distintos sonidos, y diga con imparcialidad de qué lado hay mas filosofía, mas fuerza de raciocinio, y si merece el nombre de bárbaro un idioma como este, en donde se palpa la sencillez que eleva el pensamiento hasta la inspiración de la poesía, al ver imágenes tan bellas como las que acabo de citar al decir esa frase, *el manto de la noche pone en lo profundo lo que yace á tu faz*.

Tercera razon. «Se dice que el otomí es defectuoso y bárbaro, porque carece de suficiente número de palabras *simples* que correspondan á otras tantas ideas, y que suple su pobreza por medio de una composición que llega al exceso, y hace incurrir en anfibologías;» y en prueba de este aserto se citan estas tres palabras: «superficie, rubia, y oro.»

El cargo de que sea defectuoso porque suple su pobreza por medio de composiciones que hagan incurrir en anfibologías, está desecho con la demostración anterior, en donde se ha visto que en la composición latina, de donde deriva el castellano, hay mas oscuridad que en la composición otomí.

En cuanto á las palabras que cita el autor para robustecer su argumento, dos de ellas no son simples como lo supone; porque superficie deriva de *super*, sobre y de